Antonio Acevedo Hernández

El enano de ojos de infierno

Para Luis Durand, este pedazo de montaña de su provincia.

ARIAS leguas hacia el puelche de Collipulli, en plena región montañosa, en un espacio llamado *El Veinte*, hay una serie de parcelas selváticas, numeradas ordenadamente. Montañeces, casi hijos de la tierra son los parceleros. Zona de aserraderos, naturalmente. El hombre que acude a trabajar aunque de latitudes distantes y de clima distinto, se identifica muy pronto con la naturaleza que allí domina.

Los hombres se diferencian o llegan a diferenciarse de los árboles, sólo en que beben, fuman, riñen, aman cuando pueden y, captan los terrores de la selva envuelta en un manto de misterio. Es profunda, ruda, sonora, estremeciente. En los inviernos se torna agresiva, trágica cual una trinchera. En esa etapa los árboles lloran. Parecen lamentarse con voces de una variedad no interpretada por la música ni por el acento humano. Rugen los huracanes, chocan, hiriéndose las ramas de los altos árboles; amenazan las corrientes incontenibles de las quebradas y torrentes; estruendosamente, empujadas por los temporales, se rompen las raíces de los

gigantes del bosque y los más sólidos árboles mueren. Las fieras que son escasas, pues nuestra montaña es diferente a la del trópico, buscan refugio cerca de los seres humanos; callan las aves y el frío alarga sus manos acongojantes.

Es un cerro montañoso, eslabón de una cadena de alturas separadas por quebradas, donde los hombres dibujan a golpes de hacha el progreso. Al compás tenso de los músculos vivos, el progreso va destruyendo los atributos más hermosos de la naturaleza.

Caen los altos y finos raulíes, los laureles de hojas barnizadas y corteza de amarillo patinado de tenue verde, los robles potentes, de corazón rojo que se dice que simboliza la fuerza de la raza, los mañíos, los ulmos, cuya flor estiliza el milagro de la miel con su perfume y su suave dulzor; los lingues de madera fina y buscada y los peumos duros y de bello color. Los quilantros que dieran sus armas a los aborígenes, tejen su maraña verde y avanzan formando galerías cupulares en infinitas direcciones; los boquis, abrazados de los altos árboles, descuelgan sus enormes tentáculos que semejan serpientes; los copihues de clásica belleza se aferran en abrazos fecundos a los radales y a los avellanos de buscada y preciosa madera y de magníficos frutos. También medra el canelo sagrado en las teogonías araucanas y una multitud de arbustos valorizados por numerosas cualidades. Millares de lianas se arrastran sobre la corteza de la tierra, obstruyendo y, a veces, borrando los senderos. Agresivas son estas lianas y lo son los arbustos espinosos como los michayes, los chacayes y los yaquis. Estos no producen flores y en vez de hojas se arman de fuertes espinas. No es fácil dominar la montaña. Es verdad que no posee más fiera que el puma y carece de bichos venenosos; de aves de colores y de toda cháchara de intenso palotear, mas tiene su soledad imponente. Hasta sus aves cantoras carecen de la calidad de las celebradas por los poetas; pero forman multitudes de pájaros que abanican con sus alas ligeras el paisaje, y marcan la fugacidad con el don de su vuelo que, en el picaflor es galanura y en el águila amenaza. Enredo de sonoridades, vivero

de cantos es el bosque. En los amaneceres la orquesta de los pájaros alcanza insospechados matices que, siempre renovados ,bajan desde todos los rumbos, se esparcen o tienden a ensortijarse en espirales de melodías. Las orquestas vibran en las albadas, pero los *solos* son de todas las horas. Las arpas de las frondas entregan su cordaje a los dedos del viento que tañe sinfonías no interpretadas. El Universo, en este caso sintetizado por la montaña rebosante de música, triunfa desconocida por los nervios cansados de buscar rutas de arte de los grandes soñadores de la belleza.

Hay en la maquinaria que, como fiera en cautiverio ruge y amenaza con sus aceros bruñidos e incansables en el moverse, y ardientes de fuego y vigor, muchos obreros musculosos y rojizos, de enmarañados y descuidados cabellos y descuidadas barbas, ya ancianos o nacientes ojos oscuros y claros. Son obreros silenciosos que observan la marcha de los instantes, aunque a veces se detienen para fumar sus cigarros de mal tabaco, y ríen y parlan mientras los músculos poderosos descansan. Nada podrían las máquinas sin el esfuerzo de esos hombres simples y que suelen ser enredados como enigmas; pero saben manejar las hachas que cortan los árboles inmensos que suelen alcanzar a una altura de sesenta metros y un grosor en proporción; también dominan la maquinaria; sin brújula y sin sol saben orientarse en la montaña. Ellos construyen las sendas, o más bien las dibujan después de hilvanarlas con sus hachuelas; y ubican las manchas de árboles que por fuertes y bellos están condenados a morir triturados por las máquinas.

No todos son montañeses —ya está dicho— muchos son hombres de aventura. Todos dicen conocer al diablo, a las ánimas en pena y a las fieras de la espesura. Nadie le teme a nada. La muerte por accidente, enfermedad o filo de cuchillo es una *conocida,* casi una amante.

Parece que un roto como éstos y al igual que todos los chilenos que trabajan en las más dispares faenas, esforzado y carente

de preocupaciones, compuso para él y todos, la copla biográfica episódica que dice:

Al que se muere lo entierran,
con tierra quea tapao,
olvía lo que ha querío
y lo que ha pedío fiao.

Noche de luna. Los hombres han comido sus porotos. Sentados sobre los árboles mutilados que derraman perfumes, hablan aspirando con delicia el mensaje del polen. Es bella la primavera. El pago será el sábado; es miércoles. Todos tienen algún proyecto. De pronto un hombre cuenta historias de terrores. Algo parecido a un estremecimiento hiere el ambiente que era cordial. La montaña está allí, al alcance de las manos: es una masa silenciosa, palpitante, sin detalles en esa hora. Uno llama la atención sobre un ruido que cree percibir, un ruido que avanza hasta la faena detenida; otro cree a su vez, que en días anteriores escuchó el grito pavoroso y fatal de la *Cuca*. No se dió cuenta al todo si la *buena* o la *mala*. La buena es blanca, todos lo saben; pasa y deja buena suerte; la otra no... La otra es una cosa negra como pena. Por fin dice uno, después de mirar largamente la espesura patinada de luna y que sugiere que alguien, con ojos muy grandes, mira desde allí:

—Cuentan que en esta montaña sale el diablo.

Algunos callan, ríen otros; pero la risa no es la de siempre; inconscientemente, por instinto, los cuerpos se van acercando para tratar de fundir un anillo de voluntades.

Un viejo sugiere:

—Quién ha de sabelo es el caminero. ¿Qué decís Peiro?

El caminero piensa antes de hablar:

—Yo pasé por esa montaña, que es harto enreá, marqué la güeya... y... no vi na.

—Pero —opina otro— por ese camino no anda nadie. Ha d'estar casi borrao... Toos dan la güelta por el sur, orillando la montaña... Se demoran sus dos horitas más que tirando po lo derecho pa llegar onde la camará y ver a la Maruca. Esa chicuela caa día se pone más... ¿bonita dicen, no?

Algunos ríen.

Un aserrador joven, de tez clara, rostro correcto y cuerpo atlético, siempre muy alegre *pita* su tabaco envuelto en una hoja de maqui. A cada chupada el tabaco se resuelve en una infinidad de chispas rojas; da la idea de que está sembrando candelillas. Se levanta, mira a todas partes, se despereza y habla:

—Yo tengo qu'ir al otro lao, al aserriaero. Teng'un amigo..., muy amigo. El sábao quiero ir... Hace tiempo que no lo veo.

Sonriendo maliciosamente, acota uno:

—Es un amigo con polleras; creo que le nombran Maruca, ¿no?

—Mi amigo —prosigue el mocetón, sin darse por aludido—, tiene güenas amigas, bonitas, es muy acreitao. Es hachero tamién.

—Pero —dice un viejo— ¿vos, conocís esa montaña?

—Las montañas toas son muy parecías.

Hace una pausa, envuelve o tuerce otro cigarro y agrega:

—Yo quiero irme po el desecho.

—Pu el caminito...

—Sí.

—Ha d'estar borrao... ¿No le tenís mieo?

—Nunca me ha pasao na. Sería güeno que me pasara p'aprender a tener mieo. De too ha de saber el hombre.

—Pero...

—Dicen tamién —interrumpe el muchacho— que los triuques son remieosos...

—A lo mejor —responde algo picado el interlecutor y termina—. Pero los triuques güelan...

Se rió con franqueza el mocetón. Tenía fama de bravo, buen

tomador, buen jugador y *lacho* con suerte. En suma, como dicen, no tenía por donde despreciarlo el diablo.

Llegó el sábado y con él la paga. Vestido con sus mejores *cacharpas,* arreglados pelo y barba, tomó el camino vedado por el miedo. Era el más corto. Al partir dijo:

—No me metan mieo; iré por aquí aunque se enoje el mesmo diaulo. Ustees le tienen *penetro* a too, a too; son unos gallinas.

Y dijo el anciano:

—No hay que sacuirse mucho. Yo, l'único que te deseo es que en ese paseo no aprenday a cacariar.

Plácido el cielo sin nubes, celeste, color ilusión de mujer. Atravesó sin ninguna inquietud, sorteando los troncos o los árboles muertos, derribados por el viento o por las *hachas blancas* del mejor acero. La verdad era que las orillas del bosque se presentaban taladas, las orillas nada más... Secos estaban los desmoches, advertíanse aún hondas las huellas de las ruedas de las *cabras;* la tierra parecía peinada por peines gigantescos. Miró hacia la espesura; había alguna labor hecha y mucha más por hacer.

En la linde del bosque, sobre las raíces en alto relieve de los robles se puso a fumar. Sobre las ramas de un maqui advirtió la púrpura del pecho de una loica cantora; bandadas de torcazas se situaban en los altos ramajes de un hualle, cubrían los ramajes los cantos de los pequeños chirigües y no faltaban las flautas de los jilgueros o el chiu-chiu de las diucas, el silbo del carpintero, la queja de la tórtola, o la voz del pájaro perro. Jugueteaban los rápidos picaflores alrededor de las flores albas con calidad de encajes de los peumos de tallo rojo; algunos libaban en las rojas centellas. A su lado doraban el instante las amarillas topa-topas, el liuto y otras flores.

De pronto pensó que no debía moverse de ese sitio aliviador,

bajo la acogedora sombra de la montaña perfumada, la música de la brisa y las quimeras de los pájaros.

Pensó en voz alta:

—Si no les hubiera dicho que haría el paseo me quearía aquí.

Con desgano buscó la ruta. Cubierta estaba de hierbas, pero se veía claramente. Atravesaba en línea recta la montaña y era tan angosta que parecía un hilo tendido dificultosamente hacia la distancia.

Tomó la huella; a muy poco andar sus pies supieron que pisaban la selva. Era una selva. Altísimos los árboles, frondosos los arbustos, también las hierbas; llenos de prestancia los arbustos espinosos, acariciadores los florales. Las lianas atravesaban en angosto rasgo del camino en toda su extensión y se enredaban con fuerza agresiva; los amores secos adheríanse a sus ropas; las *dichas* y las *cauchas* le herían las manos cuando trataba de apartar las lianas que obstruían el camino. Eran tantas y sus espinas minúsculas sumaban millares y millares. Pensó, siempre en voz alta, como era su costumbre:

—Qué tonto juí en no traer mi hachuela. Los tontos no penan cuando se mueren.

Miró hacia la altura; los árboles parecían colgar de las nubes o unir la tierra con el cielo. Aun veía el cielo. Continuó marchando cada vez con mayor dificultad. Pronto alcanzó a zonas en que los follajes de los grandes árboles se trenzaban, las lianas eran más robustas; todo estaba obstruído; sólo las galerías de quilantros conducían a alguna parte sin dificultad. Las hojas de las quilas secas, parecidas a las del bambú y coloreadas de un dorado pálido llamaban al reposo. Luego los arbustos jóvenes se hicieron presentes; reptaban en el borde mismo del camino de hilo; las ramas le llegaban a la cabeza. Al apartarlas con las manos lo herían con sus movimientos de retroceso, y las lianas le ataban los pies. En varias ocasiones lo derribaron; entonces sus manos se cubrieron de

las pequeñas espinas que llaman dichas. Sintió la boca llena de blasfemias; maldijo de su fanfarronería y de la Maruca. Quiso castigarse; retroceder y por otro camino huir del aserradero. Pero era hombre: moriría en la demanda. Se sentó en unas raíces; no sentía deseos de comer; fumó un nuevo cigarro. La voz de un regato jubiloso le invitó a refrescarse, a reponerse. Bebió, pensó. Estaba más oscuro; no sabía la hora. Miró hacia lo alto; advirtió que la luz se tornaba verde, verde tan tenue como el suspiro del follaje que el sol debía de atravesar para iluminar la selva.

Llegó a un claro del bosque, sitio que los campesinos llaman *desplayo,* es decir algo sin árboles, despejado. Se tendió unos minutos muy cortos, y al levantarse creyó tener, y seguramente era verdad, impulsos nuevos. Tomó porfiadamente la huella que se alargaba más ofensiva. Rota en diversos sitios estaba su ropa nueva. Hizo un gesto de desprecio hacia sí mismo y tomó el camino. Anduvo mucho rato, siempre luchando, más dispuesto que nunca a ver a la muchacha. Le diría:

—Por verte a vos y llegar luego me hice peazos el cuero y la ropa, fijaté.

Serenóse el camino; pudo recorrerlo con menores dificultades. El bosque parecía otro. Lo poseyó una gran calma. Se supo envuelto por lo que llaman "el silencio sonoro del bosque". Pero ese bello silencio le dió a conocer el significado de la más completa soledad. Miró a todas partes; le pareció que detrás de él crecía una muralla que, seguramente, le impediría volver aunque lo deseara.

Algo como una angustia acelera sus pasos. Ya no repara en las ofensas reiteradas de las lianas. Vive una especie de embriaguez. De repente le parece que desde las frondas caen palabras, así como las hojas. Voces sin forma que recorrían la montaña, saltando de árbol en árbol, bajaban hasta la tierra e invadían sus oídos. Luego oyó algo parecido a carcajadas burlescas. Sabía —lo había oído decir a un anciano— que los árboles podían reír. Reían de los hombres de vida ruin, escasa y que no se bañan de cielo. Sin duda los

árboles se reían de él, de su confusión; las voces que no supo entender, seguramente, le insultaban.

De pronto cesó todo ruido; plácida tornóse la brisa. Plácida; pero pesada. Pesada... ¿por qué? ¿Pero cómo es el peso de la brisa? Se le ocurrió que los árboles se mecían suavemente. Pensó que tal vez, querían formar. ¿Pero es que los árboles dormían? Y al verlos unirse se dijo que los árboles se amaban. Mas la soledad acrecía estrechando sus potencias. Necesitaba algo, asi fuera la burla de los árboles enemigos, las enemigas zarpas del puma, algo... algo que palpitara... como los hombres. Tratando de encontrar ese algo obsesionante, creyó oír ritmo de alas y voces de pájaros. Seguramente entre las frondas y también en el silencio, existían pájaros que le eran desconocidos...

Marcha con rapidez acompañado por la voz de los pájaros, pero de pronto ¡otra vez! gravita un silencio profundo, un silencio que le causa como un horrible vacío; tal si su corazón de hombre animoso se fuera deshaciendo, rompiéndose en fragmentos. Arrastrado bruscamente por un ambiente inusitado ¿al que se iba acostumbrando?, a otro que le hería con un desamparo infinito y un presentimiento, seguramente con base, pero sin forma posible. Se detiene, mira en redondo, quisiera ver el cielo. Le parece que el bosque se ha dormido o que se recata medroso o que se recoge para dar un zarpazo, o que escucha con inusitada atención, atención de montaña. Nada palpita en la soledad enmarañada, nada tiene forma, pero la montaña está poblada de seres que él conoce...

Avanza. Lleva la vida, mejor dicho, arrastra la vida atada a un esparto de martirio. Quiere volverse para mirar, no lo intenta, teme no sabe a quién. Piensa que le sería imposible detenerse, aún volverse. Piensa también que ya la noche empieza a tender sus manos oscuras y oprimentes. Seguramente le teme a la noche... pero nunca la ha temido. Ni en el desierto solitario y lleno de ruidos, ni antes, en la montaña, ni en el mar.

Ya la penumbra no es verde, se torna negra. Es una avanzada

de la noche que prepara su asalto. Oye fantástico —como si él no lo produjera— el ruido de sus pasos inseguros que rompen la hojarasca.

De repente, como si una tizona mellada traspasara el paisaje en meditación, lo asalta el alarido de una estridencia espantosa. La escucha a cien pasos, a algunos más, o acaso menos. Es un llanto desesperado que disgrega su sensibilidad agudizada por la solemnidad del silencio del bosque y de su alma.

Su cuerpo, todas sus potencias constituyen una sola palpitación. No es que vacile, pero algo le ata los pies a la senda. Le acucian dos deseos: escapar, cosa que sería romper el imposible, y percatarse de la calidad del personaje extraño que llora colgado de una tan terrible desesperación. Se agolpan a su pensamiento muchas cosas, predominando la idea de que se encuentra frente a un inmenso peligro. El llanto no ha vuelto, siente que sus nervios se aquietan, que tal vez podrá de nuevo moverse, andar. Pasan varios segundos, tal vez minutos interminables; siente llenarse sus oídos de ruidos sin ejecutoria. Pero el llanto no se repite. Su tranquilidad crece lo suficiente para permitirle moverse. Anda pausadamente, con ritmo furtivo, mas al hacerlo oye mayor número de ruidos; le parece que toda su humanidad vibra y que los ruidos han entrado en él y parten de él, que él los conduce.

Pero va marchando, reconoce el camino, no ha perdido la dirección, pero... una vez más el llanto pavoroso se repite con mayor fuerza situado en una cercanía inquietante. Es más furioso, destila rabia, dolor, desesperación, acaso burla. Muerde, oprime, quita la voluntad, desintegra la sensibilidad.

Empieza a apoderarse de él una angustia acre, una angustia que afluye desde todos los ámbitos de la montaña. Le parece que el llanto —repetido esta vez— viene desde la tierra por sendas desconocidas, sube a los árboles, se columpia en los boquis, baja a las quebradas, las salva y se aferra a los tallos inmensos de los árboles. Pierde toda volición, vuelve a quedar paralizado; en vano trata de

atrapar algún razonamiento: está prisionero de la nada. Trata de comprender en cualesquiera formas, su situación, pero ese maldito llanto... Pero el llanto vuelve a cesar; puede entonces coger algunas palabras y emitirlas; pero las encuentra tan extrañas que no las conoce; se le ocurre que no han salido de él, sino que han venido en su ayuda. Así lo piensa y lo habla, ¡lo habla! Y al hablar se colma de una satisfacción tan grande como si naciera de nuevo y viera la belleza de paraíso de la vida.

—Debe ser algún muchacho que ha perdido sus güeises—, piensa como siempre, en voz alta—. No los v'hallar nunca. ¿Y cómo habrá podío llegar aquí?... ¿O habrá visto al lión?

Algo ha muerto en él, tenido por hombre generoso; su pensamiento impulsor no le acompaña, también le han dejado sus ideas altruístas; sólo desea escapar. Piensa:

—Aunque quisiera no poiría llegar a tiempo pa socorrerlo, y el lión... también podía comeme. No tengo mi hachuela... y mi cuchillo es un *belduque* que no sirve pa na...

Se aferra a su razonar que le parece incontestable. Sabe que hace mal; mas le domina su sentido de supervivencia. De sus labios resecos caen nuevas palabras secas como frutos fracasados:

—Y si me detengo, no tenré luz p'andar... y me poiría perder. Y voy... no alcanzo a ir en la mitá del camino... y el camino es tan remalo.

Escucha con atención concentrada y dice:

—Ya no llora... se ha queao quietito... ¡Quién sabe que li habrá pasao!

Se mueve una vez más para encontrar la cuerda de su viaje. Está casi sereno. Poco a poco su corazón entra en un remanso de sosiego. Camina tranquilo; va a ganar un pequeño claro; es de día aún. Se alegra, corre, cree que corre hacia el claro de bosque... y el llorar resucita más tremendo y angustiado. Y está muy próximo, a unos treinta pasos...

Observa con toda su atención y nada ve. El llorante debe de

estar detrás de algún árbol, o entre la manigua, tal vez tirado en la tierra. Algo como un remordimiento lo cubre con su túnica mortificante.

Siente que su corazón le pesa igual que una piedra. Se detiene se da cuenta de que quiere huir y de que es incapaz de hacerlo. Se siente ridículo, cobarde; se desprecia. De nuevo llama a todas sus potencias y emprende la marcha. *El es un roto alentao que no puede desteñir.*

El silencio torna a ser bueno, bueno aunque sin duda, amenazante. ¿Por qué? no se le ocurre. El llanto ha desaparecido, seguramente absorbido por el silencio.

—No llora más —se dice— a lo mejor no lloraba nadie... eran tonterías mías. Esos brutos que tanto mieo me metieron me quitaron ánimo. Y qué hay con que llore, tenrá pena... y qué le voy a hacer yo. No queirá que lo agarre en brazos...

Armado con ese razonamiento seguía marchando hacia su destino, cuando, cual una cuchillada que rompiera el estrecho sendero, resonó de nuevo el llanto. Entonces, erizados los cabellos, pudo ver, si, no era engaño de sus ojos. A muy corta distancia reptaba un hombrecillo de escasa estatura que obstruía el sendero con un negror de sombra. Su porte, su núcleo correspondía a una silueta grotesca de ser humano que no tuviera dimensiones, algo inusitado y espantable. De la mancha de sombra surgían dos pupilas rojas, quemantes, que se incrustaban en su vida, fascinándola, incendiándola. De su boca de sombra surgía el llanto, más que desesperado, más que rabioso. Era un llanto demoledor, desmadejaba, disgregaba al hombre sitiado por todos los asombros y que lograba mantetenerse en pie apoyado en su propio terror.

Y esos ojos colorados, esos ojos de llamas, y esa silueta de sombra, y esa boca de humo sembradora de desolación, eran armas desconocidas que herían a distancia y de una vez, todas las fibras del hombre inmóvil, sin voz, en el linde de la locura. Roca inmóvil su cuerpo, sensibilidad de hoja su corazón demolido por ese

llorar traidor y sostenido como una sinfonía compuesta por las Parcas, una sinfonía que en su infierno no encontró el Dante.

Inundábalo un sudor ardiente, en arroyos salobres corría para hundirse en la senda. Allí estaba enraizado, inexistente, sin sospechar la fuerza trágica de esa arista de su destino. El hombrecillo lo incendiaba desde su silueta horrible, de sombra, lo enloquecía con su llanto de infierno.

Era fuerte el hombre; pudo recobrar en parte, su dominio, mientras el enano le iba al encuentro conduciendo sus ojos de llamas y de sus alaridos asesinos.

—¡No te acerquís, te voy a deshacer de un garrotazo! —creyó decirle a gritos, el hombre.

Cogió un grueso garrote y se adelantó dispuesto a todo.

—Aunque seay el diaulo —amenazó con voz que creyó estentórea— hey de romperte a palos.

Levantó el garrote a la altura de la cabeza para descargarlo contra su enemigo; pero una fuerza desconocida le mantuvo el brazo inmóvil, como si tratara de matarlo fragmentariamente.

Continuó el enano ojos de infierno, inundándolo con el furor de su llanto y quemándolo con las ascuas llameantes de sus pupilas. Y por fin, sin que el hombre se diera cuenta, crucificado en su cruz de horror, se perdió entre los árboles.

Desde distancias imposibles de precisar, y en todas las gradaciones del sonido, llegaban hasta su ser despedazado y sin voluntad los alaridos infernales del enano, que parecía estar destinado por potencias increíbles a destrozar el mundo con el horror de su llanto.

Arrastrándose, sostenido por su vitalidad poderosa, acaso sin más base que su instinto de conservación, despedazado, extraño, sangrante, los cabellos casi blancos, el hombre pudo volver a la

faena. Cuando lo vieron no se atrevieron a conocerlo, no podía ser él ese hombre destrozado, sin voz, que derramaba estupor por todos los detalles de la vida borrosa de que disponía. Solamente miraba; y su mirada era como de un ser que hubiera arribado a la faena después de atravesar la tierra de todos los dolores y todas las atonías. En verdad, sus ojos miraban desde otras latitudes; venía de otro plano de espanto.

En vano lo acosaron a preguntas; su lengua carecía de palabras, dentro de su piel, hecha un fardo tenía los detalles de la vida; había que formarlo de nuevo; hacerlo nacer de nuevo. Mucho tardó en recobrar el habla y en dejar caer gota a gota el horror increíble de su espantosa aventura. Siempre estaba mirando al cielo, hablaba solo muchas cosas. Los sabios dijeron que había que tratarlo y volverlo a la realidad. Y fueron los sabios también los que negaron la realidad de pesadilla de su aventura.